

## LA NUEVA INFLACIÓN

Carlos Gustavo Cano\*

Hasta hace muy poco tiempo la globalización contribuyó decisivamente a que las metas de inflación, que orientan la política monetaria de los bancos centrales, se cumplieran con cierta facilidad. En efecto, los precios de no pocos bienes transables se redujeron de forma sustancial, gracias a una competencia feroz. No obstante, al menos tres fenómenos, íntimamente entrelazados, vienen causando una inusitada presión inflacionaria en el mundo entero. En primer término, el crecimiento de la economía global, que atraviesa uno de sus momentos más fulgurantes de la historia reciente, y que ha provocado, en particular en los llamados mercados emergentes, el disparo de la demanda por alimentos. En segundo lugar, las altas cotizaciones del petróleo, que constituyen un elemento transversal para todos los segmentos del aparato productivo del planeta sin excepción alguna, pero en especial para la agricultura, sus insumos, sus procesos de agregación de valor, y su distribución y comercialización. Y, por último – quién lo creyera -, el impacto del cambio climático, en dos dimensiones. De un lado, sobre los precios de las materias primas de los biocombustibles, de sus renglones sucedáneos, y de los rubros de mayor peso en la canasta familiar universal, que dependen fundamentalmente de su disponibilidad. Y del otro, sobre los ciclos de las temperaturas y las lluvias, que son los determinantes clave de las cosechas.

En Estados Unidos la inflación anual de alimentos en el primer cuatrimestre del año, empleando series desestacionalizadas, alcanzó 6.7%, en contraste con 2.1% durante el mismo lapso en 2006. En Gran Bretaña fue 6%, en tanto que su inflación total apenas llegaba al 2.8%. Y en China e India, 7.1% y 10% respectivamente, doblando al resto de las categorías bajo medición. El problema no yace únicamente en cereales, azúcar y aceites vegetales – de donde se obtienen los biocombustibles -, sino también en todas las fuentes de proteína animal (carne, avicultura, porcicultura, acuicultura, lácteos), que dependen casi en un 100% para su sustento de aquellos, y en las industrias procesadoras de alimentos que las transforman en productos de mayor valor agregado. A manera de ilustración cabe mencionar la leche, cuyos precios internacionales se han trepado en 60% durante los últimos seis meses. Algo similar ha sucedido con los de la carne bovina y sus sustitutos, atados a los de los forrajes a base de melazas, maíz, soya y otros granos, la esencia de su nutrición. El encarecimiento de la comida no es, pues, un lío sólo nuestro.

Sin embargo, el azúcar, tras un aumento de la oferta, ha empezado a caer, y la carne aparentemente ha dejado de subir. Es de prever que lo mismo ocurra con el resto. Por ejemplo, este año se obtendrá la más alta cosecha de maíz en la historia de Estados Unidos, el primer productor y exportador. Al parecer, en vez de una situación estructural, podría tratarse apenas de una transición - aunque gradual - hacia cambios en algunos precios relativos, y la consiguiente recomposición de áreas de cultivo, donde los pocos países que aún cuentan con grandes extensiones ociosas y aptas productiva y ambientalmente, como Colombia, tienen una muy promisoriosa opción.

**Jun./07**

---

\* Codirector del Banco de la República.